

Biblioteca Ilusión
Publicación Semanal

Núm. 79

25 cénts.



EL PELIGRO OCULTO

por FRANK MERRILL

JONES, Grover

BIBLIOTECA ILUSIÓN

EL PELIGRO OCULTO

(Unknown dangers, 1926)

ADAPTACIÓN LITERARIA DE LA PELÍCULA DEL MISMO

TÍTULO, INTERPRETADA POR

FRANK MERRILL

por

MANUEL NIETO GALAN

Exclusivas: F. TRIAN, S. en C.
Consejo de Ciento, 261.-BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

EL PELIGRO OCULTO

I

Los tiempos modernos, con su febril dinamismo, han creado tipos pioneros y entre éstos los más característicos son los que pudieramos llamar fabricantes de obras teatrales.

A esta última categoría pertenecía Benito Grevet; había nacido para ser un oscuro industrial; pero descubrió en su cerebro un manantial de inspiración y pensó que ese manantial podría ser un filón explotable y se "metió" a dramaturgo.

Su colaborador era Ignacio Reid, fecundo como Lope de Vega y gracioso como Moliére. Su masa encefálica era una incubadora de

Imp. SABATE. - Arlau, 206
Teléf 1543 G.-BARCELONA

asuntos "de público", que amenazaba acabar el poco sentido común que aún queda entre los mortales.

El día anterior habían estrenado un drama que fué un verdadero fracaso, y los dos autores leían consternados la crítica que de la obra hacia uno de los más importantes diarios, que decía:

"El último dramón de Greve y Reid ha sido un rotundo fracaso."

En el Odeón, con una compañía deplorable, estrenaron Greve y Reid el último fruto de su "ingenio", que el público acogió con risas las escenas dramáticas y con lágrimas las cómicas.

—¿Sabes a lo que se refiere el crítico?—preguntó Ignacio Reid, después de haber leído el periódico—. Pues se refiere única y exclusivamente a tu trabajo.

—¡Al mio y al tuyo!—repuso su compañero literario—. ¡No seas iluso y reconoce que hemos escrito una tontería! ¡La culpa nos corresponde por igual a los dos y...

Reid conocía a su socio y sabía que cuando éste empezaba a hablar no había manera de callarlo, y antes que empezara una de sus largas charlas le interrumpió diciéndole: ~~shh~~

—¡Déjame hablar!... ¡Yo te prometo que obligaré a ese critiquillo ignorante a rectificar su opinión, o rompo la estilográfica para siempre, amén!



¿No saben ustedes la noticia? ¡La hija del juez Henrys ha sido raptada!

En aquel instante entró en el aposento donde hablaban los dos amigos Florita Martini, la dama joven que estrenó el drama. Su juventud y su belleza eran dos cosas indefinidas. Indudablemente cuando nació Sarah Bernhard, ella ya debía hacer pinitos por los escenarios.

Entró, como una tromba, donde estaban los autores y exclamó orgullosa y convencida de lo que decía:

—¡Traigo una buena noticia!... ¡El público

ha salido muy contento de la matinec! ¡Lo menos cinco personas me han aplaudido en un mutis!

—¡Parece mentira!—contestó Greve. —Ni la claque entera se ha atrevido a plaudirla!

Sabe Dios hasta cuándo hubiera durado la discusión, si Reid no hubiese puesto fin a ella diciendo:

—¡Voy a telefonear a ese crítico y a decirle cuatro frescas!

—¿Te atreverás?—le preguntó su amigo.

—¡Ya lo creo que me atrevo! ¡Yo no tengo pelos en la lengua!

Se dirigió hacia donde estaba el aparato y cuando estuvo en comunicación con el número que había pedido, preguntó:

—¿El "Daily Chronicle", verdad?

—Sí, señor, aquí es—contestaron.

—Deseo hablar con Carter, el crítico teatral—solicitó Reid.

—El señor Carter está en el Club de Escritores—volvió a decirle la persona con quien hablaba.

—Bien, muchas gracias. Cuelgue el aparato que lo llamaré allí.

El Club de Escritores era el lugar donde diariamente se reunían unos cuantos maestros,

algunos buenos discípulos y una pléyade innumerables de galeotes de la pluma y de la máquina de escribir. Entre los primeros se encontraba Fernando Carter, crítico teatral del "Daily Chronicle". Hombre culto y de sereno juicio, su escalpelo hacía temblar a los mixtificadores del arte dramático.

Iba a dar orden de que no le molestasen, cuando se presentó el encargado del teléfono diciéndole:

—Señor Carter, le llaman al aparato.

Cogió éste el auricular y se puso al hablar con Greve que le dijo:

—¡Fernando, querido amigo!... ¡Es más difícil hablar con usted que con el Presidente de la República!

—Usted dirá lo que desea, Reid.

—Solamente preguntarle qué le parece la idea de que cenáramos juntos esta noche en el club.

—Por mí, no hay inconveniente—aceptó Fernando.

Y aquella noche, después de la una, Ignacio Reid, contando con la indulgencia de un estómago agradecido, le dijo a su invitado.

—¿Cómo es posible, Carter, que usted, tan imparcial, tan buen amigo, haya puesto mi obra a la altura del betún?

—Yo puedo ser muy buen amigo de usted, Reid—repuso Carter—, pero eso no impedirá decir que su obra es un melodrama truculento.



¿Y ahora, se ríe usted todavía de los melodramas?

Su protagonista queda preso en las redes del amor de la heroína a la primera mirada... el traidor mata a todo el mundo, menos al apuntador... ¡Eso no es la vida, amigo Reid!

—Pero reconozca usted que eso es lo que le gusta al público—insistió el fracasado autor, tratando de convencer al periodista que le contestó:

—El público está viciado por los malos co-mediógrafos como usted, y mi deber es enseñarle a distinguir el arte de la industria.

El pobre Reid quedó cabizbajo unos instantes y Carter, que sabía que, dejando aparte su afición literaria, era completamente un chiquillo, procuró consolarlo diciéndole:

—Tome un habano y no me guarde rencor, querido Reid.

En aquel momento uno de los que se hallaban en el club se acercó a la mesa donde estaban nuestros personajes y enseñándoles un periódico les dijo:

—¿No saben ustedes la noticia? ¡La hija del juez Henrys ha sido raptada! ¡Miren lo que dice este diario!

Fernando se apoderó del periódico que le presentaba su amigo y leyó en alta voz:

“La hija del Juez Henrys ha sido raptada.”

“Se acusa del rapto al indeseable Red Wilson, a quien el Juez condenó en varias ocasiones.

“He aquí cómo se ha desarrollado el hecho; al parecer Red Wilson, un sujeto de pésimos antecedentes, que más de una vez ha tenido cuentas con la justicia, se presentó en casa del señor Henrys y se apoderó de su hija:

“A los gritos de auxilio de ésta apareció su padre y reconoció al instante al malhechor que, manteniéndolo a raya con su revólver, le dijo:

“—Soy, en efecto, Red Wilson... Usted me mandó a presidio y no he podido corresponder a su atención; estoy en deuda con usted...

¡Váyase! Su hija me pertenece, y sólo se la devolveré a cambio de un buen rescate."

—¿Y, ahora, se ríe usted todavía de los melodramas?—le preguntó Reid, satisfecho de que la casualidad viniera en su ayuda.

—Me río, querido amigo—contestó el periodista—. También se reiría usted si conociese, como yo, la imagen de los reporters.

II

Mientras tanto, Benito Greve soportaba con admirable estoicismo la lluvia de improperios con que le obsequiaba su fracasada compañía y, cansado ya de ellos, exclamó para poner fin a la entrevista:

—¡Basta, señores, basta! El teatro está cerrado, y ni los gritos ni las lágrimas pueden abrirlo.

El timbre del teléfono sonó estridente en aquel instante y Greve se puso al habla con su socio, que le dijo:

—Escúchame, Greve... Es preciso convercer a Carter de que el asunto de nuestro drama puede desarrollarse en la vida real y se me ha ocurrido una gran idea para lograrlo... ¿Te



Muy bien, señorita. . . ¡Es usted una artista excelente!

has enterado del rapto de la hija del Juez Henrys

—Sí, lo he leído en la prensa—contestó Greve—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con este asunto?

—Es que en él se basa precisamente mi idea. Vamos a reproducir el rapto... Uno de los actores, o tú mismo, será Reid Wilson, Florita hará la hija del Juez y los demás los cómplices de Red... Id a la Casa de los Duendes, en la carretera de San Francisco... y que Fer-

mín se encargue traer una carta denunciando el escondite de Wilson. De esta manera, Carter se verá metido de lleno en la aventura.

—Conformes. Me parece una idea excelente—repuso su amigo—. Procura tu entretenerte a Carter, hasta que llegue Fermín.

Y mientras Greve terminaba su acaracterización, el buen Ignacio Reid derrochaba todo su ingenio para retener a Carter, que a toda costa quería marcharse. Empezó a contarle chistes, pero pronto agotó su repertorio y entonces pidió una baraja, para hacerle algunos juegos de manos. Esto último dió mejor resultado, puesto que el periodista se interesó también y no volvió a insistir sobre su marcha.

* * *

La Casa de los Duendes, a la que la superstición popular atribuía sucesos fantásticos, era precisamente el escondite donde el verdadero Red Wilson había llevado a su prisionera, que lloraba lastimosamente, al verse en poder de aquellos desalmados.

Wilson dió a su gente las órdenes que creyó necesarias, para evitar cualquier sorpresa y terminó deciéndoles.

—El juez Henrys me ha dicho que vendrá esta noche con el dinero.

—Verdaderamente ha sido un golpe soberbio, jefe—exclamó uno de los hombre que formaban la llamada banda de Wilson.

—El mejor que he dado en mi vida—contestó éste—. Además de vengarme de él, hemos hecho un gran negocio. Y acercándose a su prisionera, procuró tranquilizarla, diciéndole:

—No tema nada, señorita... No se le causará el menor daño, si su señor padre nos trae esta noche la cantidad que le hemos pedido.

Florencia, que así se llamaba la hija del juez, levantó sus hermosos ojos, para mirar al bandido y sus labios quisieron expresar todo el desprecio que le inspiraba aquel hombre con una sola frase.

—¡Miserable!

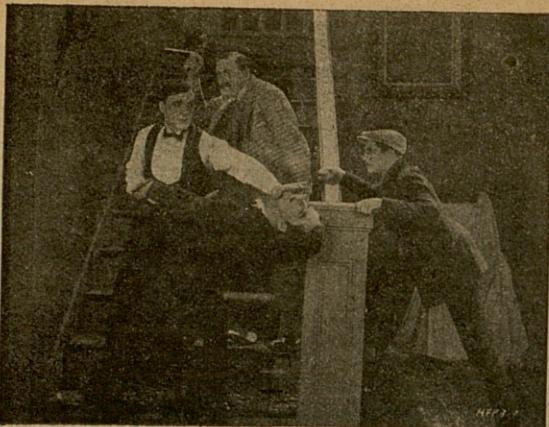
三

El plan de Ignacio Reid iba desarrollándose sin contratiempos y según habían convenido no tardó en presentarse Fermín con la carta conteniendo los documentos de referencia y fingiéndose herido.

—¿Es usted Ignacio Reid?—preguntó al mismo, el recién llegado. Y cuando aquél le contestó afirmativamente continuó diciendo:

—Si quiere usted salvar a la hija del juez Henrys, entregue inmediatamente estos documentos en la carretera de San Francisco número 1126.

—Fernando, haga el favor—exclamó Reid—. Entregue usted los documentos, mientras yo cuido de este hombre.



Le propinó a su adversario tan terrible puñetazo que rodó por las escaleras.

Dede el primer golpe de vista adivinó Carter que la herida de aquel hombre y todo cuanto decía era mentira. Comprendió que se trataba de una broma y aceptó el papel que se le ofrecía en aquella comedia.

Sin oponer el menor reparo se dirigió a la Casa de los Duendes, con ánimos de que el susto se lo llevaran los que a él se lo querían dar y le dijo al sargento de ronda, que se encontró cerca del fatídico edificio,

—Quieren embromarme, sargento, pero yo

les daré qué hacer... Desde luego, aunque pidan auxilio a grito pelado desde la Casa de los Duendes, usted hágase el sordo... ¿Entendido?

—Lo que usted quiera, Carter—repuso el policía—. ¡Ah! A ver cuando se acuerda usted de un par de localidades para el teatro.

—Deseuide que lo tendrá presente—se alejó diciendo el periodista.

Ignacio Reid y su compañero reían, a más no poder, la facilidad con que creían que habían engañado al periodista, cuando de pronto se presentó Greve y Reid le preguntó extrañado:

—¿Pero qué significa esto?... ¿Por qué no estás en la Casa de los Duendes?

—¡Porque al entrar me he encontrado con que el verdadero Red Wilson está allí, y yo le tengo demasiado cariño a la epidermis para jugármela por una bromita!

Comprendió Reid en la difícil situación en que había colocado al periodista y exclamó alarmado:

—¡Hay que hacer algo y pronto!... ¡Carter se dirige ahora hacia allí y va a encontrarse un peligro verdadero!

Sin perder un minuto salieron en auxilio de Carter y al encontrarse con el sargento de policía Reid, le dijo:

—Oiga, sargento... Voy a hacerle una confidencia impagable: Red Wilson está en la Casa de los Duendes.

El sargento, creyendo que se trataba de la broma que le había dicho el periodista, le contestó tranquilamente:

—Bien, hombre, bien; déjelo estar... Todo el mundo tiene derecho a la vida.

Red, ante aquella contestación, se quedó como quien ve visiones y acercándose a Greve le dijo:

—Puesto que la policía se inhibe, sustituyámosla... Hay que salvar a Carter, ya que nosotros lo hemos metido en este lío.

Mientras tanto, Carter había llegado ya a la famosa Casa de los Duendes y al entrar se encontró con un desconocido que le dijo:

—Oiga usted, caballero, ¿sabe usted dónde va a meterse? Tenga en cuenta que esta casa está llena de duendes.

—Este debe ser alguno de la compañía de Reid—se dijo interiormente Fernando, y contestando al desconocido repuso:

—Perfectamente... Pero, créame usted, buen hombre, los duendes están demasiado ocupados y no se meterán conmigo.

—¡Quién sabe, señor!... Yo, por si acaso, no entraría...



¡Arriba las manos!

—Pues yo sí—contestó Fernando entrando en el interior de la casa.

En la primera sala donde penetró se encontró con varios hombres y una bellísima joven, que era la hija del Juez Henrys.

Se acercó al que parecía el jefe y le dijo bromeando:

—Tiene usted una casa muy confortable, Red Wilson.

Este, que era verdaderamente el célebre bandido, se encaró con él y le preguntó:

—¿Quién es usted y cómo se atreve a entrar en esta casa?

Antes que Carter pudiera contestar se abrazó a él Florencia y le suplicó:

—¡Caballero!... ¡Estoy secuestrada en esta casa! ¡Sálveme usted!

Carter, creyendo que se trataba de una actriz, se desprendió de sus brazos y exclamó:

—Muy bien, señorita... la entonación, el gesto... todo muy justo... ¡Es usted una artista excelente!

Wilson, al ver que la joven se abrazaba a aquel desconocido, la cogió por un brazo y de un empujón, la hizo rodar por el suelo.

Ante la violencia de aquel hombre se indignó el periodista y protestó diciendo:

—No olvido que todo esto es una farsa... ¡pero ni aún en broma toleraré que se maltrate a una mujer! ¡Es usted un actor detestable! Le aconsejo que se dedique a remendar zapatos o a algún otro oficio útil a la sociedad.

Y ayudando a la joven a levantarse le dijo:

—Me llamo Fernando Carter, soy crítico teatral y estoy admirado de su talento de actriz, señorita.

—Se equivoca usted, señor—repuso la joven—. Yo no soy ni he sido nunca actriz... Soy Florencia Henrys, la hija del Juez.

Carter, visiblemente atraído por la extraordinaria belleza de la muchacha, insistió nuevamente:

—No siga usted la broma, se lo suplico... Me sé de memoria todo el plan melodramático de Ignacio Reid.

—Pero si yo no conozco a ningún Ignacio Reid!—volvió a decir ella.

Red Wilson, cansado de la conversación que sostenían los jóvenes y temiendo que llegara aquél intruso a descubrir la verdad, se acercó a ellos y le gritó al periodista:

—¡Salga usted de aquí!

Fernando lo hizo a un lado de un manotazo, a la vez que le decía:

—¡Imbécil!... ¡Déjeme usted en paz!

No había terminado su exclamación, cuando desde lo alto de la escalera sonó un disparo cuya bala pasó rezando la cabeza de Carter. Se echó séte mano al sombrero y exclamó asombrado:

—¡Me ha agujereado el sombrero ese bárbaro! ¿Entonces era una bala verdadera

—¡Tan verdadera como que no saldrá usted vivo de aquí!—le contestó Wilson.

—Por lo pronto voy a exigir a ese salvaje el importe de mi sombrero... luego veremos lo que pasa—repuso Fernando haciendo ademán de ir en busca del que había disparado; pero Florencia que comprendía todo el peligro que corría se abalanzó sobre él sujetándolo y diciéndole:

—¡Por Dios, no se mueva usted!... ¡Pueden herirle!...

Sin hacer caso del consejo de la muchacha, subió Carter de dos saltos los escalones que lo separaba de la pieza superior y minutos después le propinó a su adversario tan terrible puñetazo que rodó por las escaleras.

No tardaron los otros bandidos en acudir en auxilio de su compañero y pronto quedó aquello convertido en un campo de Agramante.

A pesar de que Carter se multiplicaba para mantener a raya a sus enemigos, por fin se vió vencido por la fuerza numérica de estos y Florencia, al verlo caer, se abrazó a él gritando:

—¡Socorro!! ¡¡Auxilio!!

IV

Ignacio Reid, Greve y los demás hombres de la compañía llegaron en el crítico momento y sorprendiendo a los bandidos gritaron, a la vez que los encañonaban con sus pistolas:

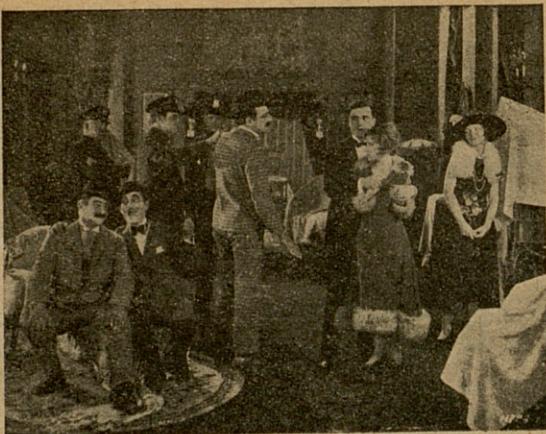
—¡Manos arriba!

Al verse sorprendidos de aquella manera tan inesperada, Wilson y sus cómplices no opusieron la menor resistencia y se dejaron prender, mientras que Florencia auxiliaba a Carter.

Cuando éste volvió en sí, la joven le preguntó angustiosamente:

—¿Está usted herido, Fernando?

Carter, al oírse llamar tan familiarmente por aquella mujer, que desde el primer momento había cautivado su corazón, olvidó la herida



Siento haber dudado de sus palabras.

recibida, la estrechó entre sus brazos y se disculpó diciéndole:

—Siento haber dudado de sus palabras y comprendo que detrás de la broma que yo sospechaba había un verdadero peligro oculto.

Greve era hombre de acción, y antes que los bandidos pudieran reponerse de su sorpresa y hacerle pasar un mal rato, salió en busca de la policía y le dijo al oficial de la ronda: la pregunta de su amigo, y se acercó a Florencia, que se hallaba sentada lejos del grupo

—¡Venga usted, oficial, corra!... ¡En la Casa

de los Duendes hay bofetadas y porrazos a granel!

Cuando éste entró donde estaba Carter el periodista se dió a conocer y señalando a los bandidos le dijo:

—¡Oficial, bajo mi responsabilidad detenga a ese hombre!

* * *

Mientras que los periodistas se hacían cargo de toda la banda Fernando se acercó a Florencia y poniendo en sus palabras todo el fuego que había inflamado en su corazón, la dulce mirada de la joven, le dijo:

—No es ésta la ocasión más propicia para una declaración de amor, señorita; pero yo estoy locamente enamorado de usted...

—¡Oh, por Dios!—contestó la muchacha ruborizada—. Esto es tan inesperado, tan repentina...

—Lo reconozco, ¿pero cuando pasen estas circunstancias, podré abrigar alguna esperanza?

—Ahora vele usted por mí, Fernando y no consentira que me hagan daño—repuso la joven eludiendo una respuesta afirmativa que se adivinada en sus ojos.

—Yo velaré por usted ahora... y siempre, si usted me lo permite, Florencia.

El señor Henrys, con el fin de salvar a su hija, acudió a la hora convenida con Red Wilson, a la Casa de los Duendes para entregarle a éste el precio del rescate exigido.

Su sorpresa no tuvo límite, cuando vió atados a los bandidos y a su hija que se le abrazó diciéndole:

—Papá, por fin, vuelvo a estar a tu lado!

—Hija mía!—gritó a su vez el Juez.— ¡Al fin puedo abrazarte!

La escena entre padre e hija fué en extremo emocionante y cuando pasó el primer momento de arrebato cariñoso, Reid se acercó a Carter y le dijo:



¡Al fin puedo abrazarte!

—Usted me dijo que un hombre no podía enamorarse de repente... ¿Está usted ahora convencido de lo contrario?

Fernando, no pudo menos que sonreír ante el grupo que formaban los cómicos, y le preguntó a su vez:

—¿Qué le parece a usted, Florencia, puede un hombre enamorarse de repente de una mujer?

La joven hizo un signo afirmativo con la cabeza y Fernando se volvió hacia Reid y contestó:

—Tiene usted razón, amigo Reid. Tendré mucho gusto en rectificar mi juicio sobre su obra.

—Lo promete usted.

—Lo prometo.

* * *

Comprendió Reid que en aquellos momentos sobraban todos los presentes y con el fin de dejar solos a Florencia y Fernando, se fué llevando uno a uno a todos los que formaban su compañía.

El único que no parecía muy dispuesto a seguir el ejemplo de los demás era Greve y para ello lo cogió su socio por un brazo y le dijo:

—Amigo Greve, tengo una idea que, como todas las mías, es genial.

Su compañero creyó que sería una de las tantas tonterías que se le ocurrían y que, en la mayor parte de las veces lo solía poner en graves apuros, y le contestó:

—¡No, no quiero más ideas tuyas, Ignacio, que con ellas siempre salgo malparado!



¿Qué le parece a usted, Florencia, puede un hombre enamorarse de repente de una mujer.

—No creas—repuso Reid, sin soltarlo—esta es excelente; se trata de dejar solos a Carter y a la joven. ¿Qué te parece?

—¡Magnífica!

No habían hecho más que salir, cuando Fernando atrajo hacia él a Florencia y le preguntó:

—¿Y usted, Florencia, cree que una mujer

puede enamorarse de repente de un hombre?

—Si ese hombre es tan valiente como usted, estoy segura de que sí.

Y aquella casa que durante tanto tiempo fué albergue de misteriosos duendes se convirtió por unos momentos en un amoroso nido que albergó a dos amantes corazones que latían al impulso de un mismo sentimiento.

FIN

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA

PARIS 1900. ♦♦♦♦♦

Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales

Diego de Almagro

10

Precio: 1,25 pesetas

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

**PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS**

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos
Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA

Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones
interesantes. ¡Interesante! ¡Apasionante! ¡Intrigante!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renéz.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renéz.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renéz.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Unailusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos